

—Tanto mejor, contestó la Needle con visible alegría. Mas no entremos en cuestiones religiosas.

—Bien. Volvamos á nuestro asunto. Os doy mi palabra (Julia se llevó al corazón la mano) de que en cuanto de mí dependa no se dirá de religión la menor cosa. Es un propósito renovado diez veces desde que puse mis pies en Parque verde. Pero en cambio, ya que os placen las cosas claras, me permitireis que observe mi religión, ¿no es verdad?

A mistress Needle le pareció magnífica cosa poder renovar sus protestas de tolerancia y de sentimientos religiosos, después de vencido el punto capital que tranquilizaba su conciencia. Respondió, por consiguiente, con ardor:

—¿Qué me pides? Sería la primera en recordarte tu religión, si de ella (cosa imposible) te olvidáras. No hay cosa que desprecie tanto como una mujer incrédula. Sin sentimientos religiosos sinceros y profundos, la mujer es mala hija casi necesariamente; se hace peor, si á ser llega esposa; y es pésima, si, por su desventura y de otros, es luego madre. No puede ser sino una finísima hipocritona: la creería ladrona, deshonesta, capaz de las acciones

más viles; aun cuando en el exterior se mostrase distinguidísima señora, no le diera yo albergue en mi perrera; mucho menos, por consiguiente, á mi lado y al lado de mis hijas. ¡Considera, pues, si soy mujer que pueda contrariarte en el ejercicio de tu religión!

—Mirad mistrees Ana, repuso Julia riendo, lo que me decís es la repetición de lo que metía en mi cabeza siempre aquel buen anciano maestro de latín, monseñor y canónigo de la metropolitana de Nápoles: añadámoslo, pues, como artículo decimotercero al símbolo de los Apóstoles, con el cual estamos de acuerdo.

—¡Oh, sí, de veras! De acuerdo, completamente de acuerdo; predícalo también á mis hijas, y te quedaré muy obligada.

—Pero cada uno la que profesa, ¿no es verdad?

—Naturalmente. ¿Habríamos de poner en práctica una religión que no fuese la nuestra? Puedes observar, por tanto, los ayunos que te prescribe tu Iglesia, como cuando estabas en el palacio de tu padre. Kelerina llevará tus órdenes al mayordomo. También, para concurrir á los oficios, absoluta libertad. Tenemos una capilla católica á pocas millas de distancia: dispon-

drás que te pongan el coche. Será un bien para la pobre Kelerina, que ha ido á pie hasta hoy; te acompañará! Y si quisieras ir á Newcastle, ya lo sabes, el camino de hierro te puede conducir con gran comodidad dos veces cada día ¿Te basta?

Julia:—Me basta y me sobra.

No satisfecha la Needle con las muchas concesiones, añadió:—Aun cuando en tu habitación quieras disponer una capilla, no me opondré. ¿Conoces el proverbio de los ingleses? “Mi casa es mi castillo.” Fuera, nada; dentro, todo.

—Tengo que daros las gracias por muchas cosas; pero por ninguna me considero tan obligada como por esta libertad, que aprecio más que mi vida. Por ella reconozco vuestro corazón de reina. Creedme, señora Ana; aunque os hubiese odiado de continuo, os amaría desde hoy como una verdadera madre.

—Bueno, bueno; tú me recompensarás educándome bien aquellas queridas criaturas. Ya sabes que me ha entrado el deseo grandísimo de verlas modeladas como tú. Piensa, por lo tanto, en el modo. Por lo que hace á la literatura y á la historia, no hay que añadir nada. En cuanto al coser y al bordar pensarán las mujeres de casa; fue-

ra de que no tengo la pretensión de que sean modistas. Lo que te corresponde sin duda es darles un aire distinguido; conseguir que sepan presentarse con elegancia en una tertulia, que hablen algún idioma además del propio, que dibujen, que toquen el piano, y las demás bagatelas que adornan no poco la conversación. Desenreda tú la madeja, poniendo las cosas en orden.

—Ante todo, según creo, convendrá no poner demasiada carne al fuego. Pues deseamos que algún conocimiento entre muy bien en sus cabezas, es preciso dejar alguna cosa para los años venideros, y acostumarlas en el ínterin á comer como á los pajarillos, nutriéndolas cada día un poco mejor; tanto más, tratándose de vuestras hijas, que deben seguir sus cursos, parte en la ciudad, parte en el campo, y parte por esos mundos de Dios.

—¿Pues cómo lo arreglarías?

—Yo les daría por este año breves lecciones cada día. Antes del almuerzo una, que sería de gimnástica.

—¿De gimnástica! exclamó mistress Needle con espanto.

—Deponed vuestro temor, dijo Julia. Nunca he soñado en saltos mortales, en barreras, en escaladas y en trapecios. Son

juegos locos más que inútiles; he creído siempre que á las niñas les basta el volante, el aro, la cuerda y el ruido en el jardín, sin permitir que logren demasiada libertad, ó que se descaren. ¡Son flores y azucenas! Aludo á la gimnástica de las familias honestas, esto es, á los principios del trato gentil, para que sepan ponerse bien, presentarse con decoro en un salón, bailar algo, y así sucesivamente. Este poco estruendo sirve para que crezcan sus piernas después de las horas del estudio sério de la mañana, y para que tomen con gusto el almuerzo. ¿Os parece bien?

—¡Muchísimo!

—La otra lección debería ser de piano, porque si los dedos no se sueltan desde tiernececitos, difícilmente consiguen dominar el teclado; añadiría un principio de dibujo después de las doce, reposado el almuerzo. Si os placiese dejar el dibujo para después, se podría introducir en su lugar una hora de cualquier lengua, por ejemplo, de francés, de italiano ó de latín. No lo poseo perfectamente; mas, preparándome, podría enseñar los elementos de un modo fácil.

—Por ahora el latín, dijo la Needle, no me acomoda: el francés lo aprenderán

cuando viajemos por Francia: sería tiempo de que les enseñáras el italiano.

Me place. Para la aritmética y los demás adornos de historia natural, así como para las primeras nociones de la física y de la química, quedará tiempo en los años siguientes. En el ínterin, encárgome yo de indicarles algo por vía de pasatiempo. Parece que con un poco de constancia y sin variar de método, exigiendo seriamente que sepan los que se les vaya enseñando, y que den razón de ello, pareceme, digo, que verdaderamente aprovecharán más de lo que se pueda querer, tratándose de niñas de poca edad. No quisiera fartidirlas con estudios excesivos, pero sí conseguir que ansiáran saber cada día algo que ignoráran en el anterior.

—No lo dudes, dijo la señora: harás de ellas cuanto quieras; tienen una pasta de ángel, y las he preparado de tal suerte, que se dejan conducir con un hilo de seda. Además, tú las sabes también llevar perfectamente.

—Haré cuanto pueda, con el auxilio de Dios; mas antes conviene que reflexioneis lo ya dicho, y me respondais si os acomoda el dibujo.

—No hay que reflexionar, respondió la

Needle, manifestando plena satisfacción: comencemos desde mañana. Me reputo dichosa por confiarte mis hijas. Sólo una cosa me desplace.

—¿Cuál?

—Ciertos celos que se apoderan de mí: estarás con ellas todo el día, dejándome á mí, pobre vieja, completamente sola.

—¡Oh madre mía! gritó Julia con ímpetu; quiero estar con vos constantemente. He traído todo mi corazón á vuestra casa, y después de cumplir mis deberes con los míos de Nápoles, quiero ser vuestra y consagrarme á mi bienhechora.—

Mistress Needle, por este desahogo tierno de Julia, cuya sinceridad no podía poner en duda, se sintió llena de júbilo y bendijo la hora en que habíala invitado á ir á Parque verde, como también la feliz inspiración de poner aparte los envidiosos consejos de miss Mary. Convino con ella en que comenzára el año escolar al día siguiente; y se resolvió que en el tiempo intermedio tuviera Julia entrada libre en las habitaciones de la señora, á título de dama de compañía. Llamó incontinenti á las niñas, y presentándolas á Julia, intimóles con gravedad que desde aquel día en ade-

lante la obedecieran como si fuese ella misma, ya que Julia se dignaba ser su maestra: les añadió que al día siguiente comenzarían las lecciones. Cuando Julia, con aire distinguido, después de acariciar á sus discípulas, se retiró, á fin de que la madre pudiese aconsejarlas á solas, habló en efecto más pausadamente, y dijo:—Perlas mías, tendreis una educación escogida entre mil. Por este año os enseñará poco á poco las lindas maneras de presentaros, y el piano, sin contar otras cosas que os hagan discretas y señoritas de distinción. Ha llegado el tiempo de prescindir un poco de las diversiones y de consagraros al estudio. Haced, pues, lo posible para sacar provecho de sus enseñanzas, y complacer á miss Julia en todo y por todo. ¡Ay! Si le diéssis un disgusto, sería peor que si me lo diérais á mí. ¿Pero que digo? No necesitais ya vosotras de recomendaciones. Miss Julia es un ángel de bondad, ¡y os quiere tanto! No sólo debeis contentarla, sino mirar lo que hace en la mesa, en la conversación y en todas partes, con el fin de imitarla. ¿Lo hareis?—Las niñas saltando al cuello de su madre, cubriéronla de besos, prometiéndola todo lo que las supo pedir.

En la noche del día referido, alegrábase mistress Needle consigo propia de lo hecho con Julia, y del solemne acto de magistratura materna, que parecíale haber cumplido muy bien. Tenía de peculiar que se presentaba en todos los actos domésticos con actitud grave y seria, solemne, acaso con exceso. Ella misma lo notaba en ocasiones, por lo cual le parecía egregio partido para la mejor educación de sus hijas llamar en su socorro á Julia, cuyo trato, lleno de modestia noble, admiraba, siendo á la vez además siempre gozoso y alegre.—Sí: yo soy demasiado acompañada, y no sé dar á las niñas cierto brío, mas Julia tiene en el cuerpo cierto espíritu del Vesubio; no sé mostrar mi corazón, fuera de las circunstancias extraordinarias, mas Julia lo lleva en los labios; me dejó vencer por los escrúpulos y por las sospechas, mas ella es cándida y trasparente como un cristal; no sabría tomarme interés por las flores y los insectos, mas Julia de una mariposa hacer sabrá un acontecimiento que ocupe á las pequeñas todo el día: Clara y Clemencia tomarán un poco de la madre y un poco de la profesora: es un compuesto, un mixto, un sistema perfecto de compensaciones.—¡Día feliz....! Pero Julia, ¿no sembrará

el papismo en mi casa? Es imposible: lo ha prometido, y no me hará traición.

Julia en el ínterin, en un cuarto poco distante, después que Kelerina le hubo llevado la ropa blanca y la botella del agua para la noche, no podía descansar por la superabundancia de su gozo. Veíase ya colocada con seguridad en un puesto donde el natural amor propio no sufría insoponible violencia, y en condición además de no temer encuentros peligrosos para su conciencia; á todo esto añadíase la circunstancia de poder auxiliar á los suyos. Todo cuanto le rodeaba le parecía de color de rosa; suave y dulcemente, como por encanto, se volvía á Dios y á la Virgen, resolviéndose en afectos de gratitud y de confianza. Comprendía que una fuente de paz se le abriría cuando dijese:—Contenta estoy de servir; porque Dios lo quiere. ¿Por qué afligirse, cuando hubiese podido hacerla nacer esclava como Kelerina, y como aquellas pobres mujercitas de los aldeanos de Parque verde que vivían en las cabañas con el puerco? ¿Acaso Dios le hacía un agravio quitándole parte de sus bienes con que la colmó hasta sus diez y nueve abriles? Si se hubiera casado con aquel joven ¿quién sabe? Estaría quizá des-

esperada y arrepentida, mientras aquí, si bien dependía de otros, gozaba de un albergue tranquilo, presentándosele delante una empresa digna de consagrar á ella su vida, á saber, la de conseguir para la Iglesia una familia entera. La mente de Julia tenía alas y volaba, volaba, gustando anticipadamente el triunfo celestial de abrazar nuevamente, ya cristiana fiel, á su amiga y bienhechora mistress Needle, como también á sus amadas hijas, y acaso á todos los demás del castillo.—¡No, no: no seré digna de mirar el cielo, exclamaba con ardor, si dentro de doce meses no he desengañado á mi amiga....! Pero no permite que le hable de religión. Sí, sí. Mantendrá su propósito una semana, y después será la primera que á él falte: la co-nozco. En la intimidad, el alma se abre y exhala: no hay cosa que lo pueda impedir.... ¡Este pavor al papismo es muy buena señal! Y orando por la Needle, quedó vencida por el sueño.

Dulcemente maravillada quedóse pocos días después, cuando se le presentó el mayordomo, y alargóle con reverencia un recibo para que lo firmase: con el recibo le dió un cartucho de oro.—¿Por qué? preguntó.

—El por qué debeis saberlo vos, señorita, respondió el ministro de mistress Needle. Yo sólo sé las órdenes recibidas, y os ruego que lo firmeis para descargo de mi administración.

Julia leyó el papel, viendo que le habían señalado dos abundantes pensiones á título de dama de compañía y de maestra educadora. Lo más gentil fué que mistress Ana no permitió que le diera las gracias.—He creído conveniente anticiparlo, dijo, porque al entrar en viaje conviene tener moneda suelta en la mano.

—Pero me tratais demasiado generosamente, repuso Julia.

—Ten la bondad, amiga; no me hables de esto jamás. Me dice el corazón que harás tanto bien á mis hijas, que deberé quedarte obligada, más que tú á mí.—Y cambió de conversación.

Miss Mary, al oír que las niñas llamaban maestra á su inocente rival, y al saber pronto el infeliz éxito de sus amonestaciones, estuvo tres días cejijunta, irritada y sin decir la menor cosa.